

El código enigma: las penurias de no ser un hombre “normal”

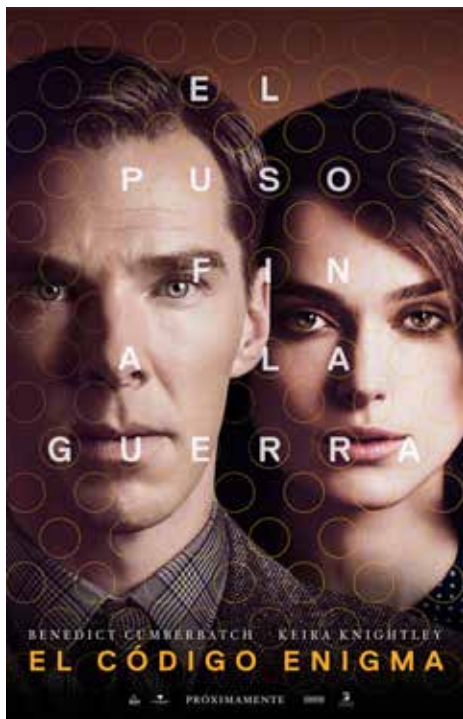
¿Saben por qué a la gente le gusta la violencia? Porque se siente bien. Pero si quitamos esa satisfacción, el acto se convierte en algo hueco.

 Carlos Juaréz Gongora

 Archivo

Alan Turing fue uno de los hombres que más ha aportado a la humanidad en materia científica y no obstante sus logros no fueron reconocidos hasta hace menos de un par de años, y todo porque era homosexual.

“El código enigma” hace gala de esa encriptación descrita una y otra vez a lo largo de la película para enviarnos códigos que son bastante claros: el ser humano suele ser tan animal que pocas veces se detiene a pensar que si el mundo ha cambiado es porque muchos que se atreven a ser diferentes lo renuevan, contra el “hombre normal” que sólo mantiene el sistema girando.



La obra del noruego Morten Tyldum, no es tan popular en este lado del orbe, pero deja duda del respeto profundo que siente por sus personajes, para lo cual confió en la capacidad del británico Benedict Cumberbatch para dar vida al criptoanalista y matemático Turing, a quien el mundo de la ciencia coloca como el visionario que dio los primeros pasos reales para la creación de la computadora, un producto cuya inexistencia es inimaginable en nuestros días.

La cinta es una sólida introducción para aquellos que nunca escucharon hablar de él y es al mismo tiempo un homenaje para un hombre que pasó gran parte de su vida en sufrimiento, buscando ser aceptado y adoptando el estudio de la criptografía como un modo de entender por qué la gente alrededor no podía aceptar que era diferente.

En términos coloquiales es una película fea... horrible porque se nos presenta a un genio atrapado en una sociedad que deslegitimaba aquello que no comprendía y no importaron todas las propuestas e innovaciones alcanzadas por Turing y su equipo: el sujeto era un bicho raro al que no se le podía premiar, pese a que alcanzó metas significativas para su país en tiempo de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la sobriedad de la cinta, el trabajo de Tyldum alcanza momentos de tensión propios de una película de persecuciones,

pero aquí, no necesitó efectos especiales y explosiones, los logra con ingenio y gracias al talento de Cumberbatch, una actuación exquisita que encuentra su mayor mérito en las expresiones de sorpresa, júbilo y tristeza contenidas en un tipo enjuto, que encuentra en su trabajo el mayor placer ante su incapacidad para comunicarse adecuadamente con los otros.

Pero no alcanzará premios. No, porque es una película incómoda, porque nos hostiga sin cesar y nos perturba al señalarnos como cómplices de las atrocidades de sociedades, en el papel sanas, que no entienden que hay riqueza en la diversidad. La tesis del filme no puede ser más elegante y directa: “el que alguien piense diferente ¿significa que no está pensando?”.

“El código enigma” nos abre las puertas a la vida de un ser despreciado por los suyos pese a todo lo que aportó y se le hizo a un lado porque no fue un sujeto convencional... Afortunadamente no lo fue.

Las películas sobre la Segunda Guerra Mundial siempre nos han fascinado, son fáciles de digerir porque se centran en un momento histórico de la humanidad en donde es simple elegir a un enemigo: los nazis. Los mismos alemanes han querido dejar este capítulo de lado. El tratamiento maniqueo se aplica con tanta practicidad que no cuestionamos la elección de los roles.

En la cinta, los enemigos de Turing no conocen de nacionalidades, lo único que tienen en común es la cerrazón, la misma ideología que por años ha permitido tremendas barbaridades en nombre de la religión, credo, bienestar social y las buenas conductas, por mencionar algunos pretextos.

Y como punto flaco hay un hombre que se rodea de intelectos medianamente cercanos al suyo y parece que a sabiendas de la poca capacidad comunicativa del protagonista, los momentos dramáticos se construyen y destruyen con sencillez. Detalle mínimo si nos planteamos la magnífica interpretación de Cumberbatch y el apoyo sólido de Keira Knightley y Charles Dance. Mención aparte para los efectos visuales, con sus altos contrastes, que parecen referirnos a algo que se vivió como una pesadilla pero desentona con lo visto a lo largo del filme.

Punto aparte, la banda sonora elaborada por el siempre competente Alexandre Desplat es una joya.

Pareciera que Turing tenía muy claro que trataba este tema

“... es una película incómoda, porque nos hostiga sin cesar y nos perturba al señalarnos como cómplices de las atrocidades de sociedades... que no entienden que hay riqueza en la diversidad.”

para evolucionar. Era necesario estar en el papel del otro, intentar comprenderlo, ponerse en los zapatos ajenos. Un juego de imitación. Y entonces pensar como el de enfrente para acercarnos a su lenguaje y sentimientos. Al final, el matemático optó por la autodestrucción para seguir con su trabajo científico. De forma casi poética, se puso del lado de la humanidad y entendió que, cuando el intelecto falla, estamos condenados a hacernos pedazos unos a otros, simplemente porque a la gente le gusta la violencia. Porque se siente bien. 🐼

The imitation game (2014).

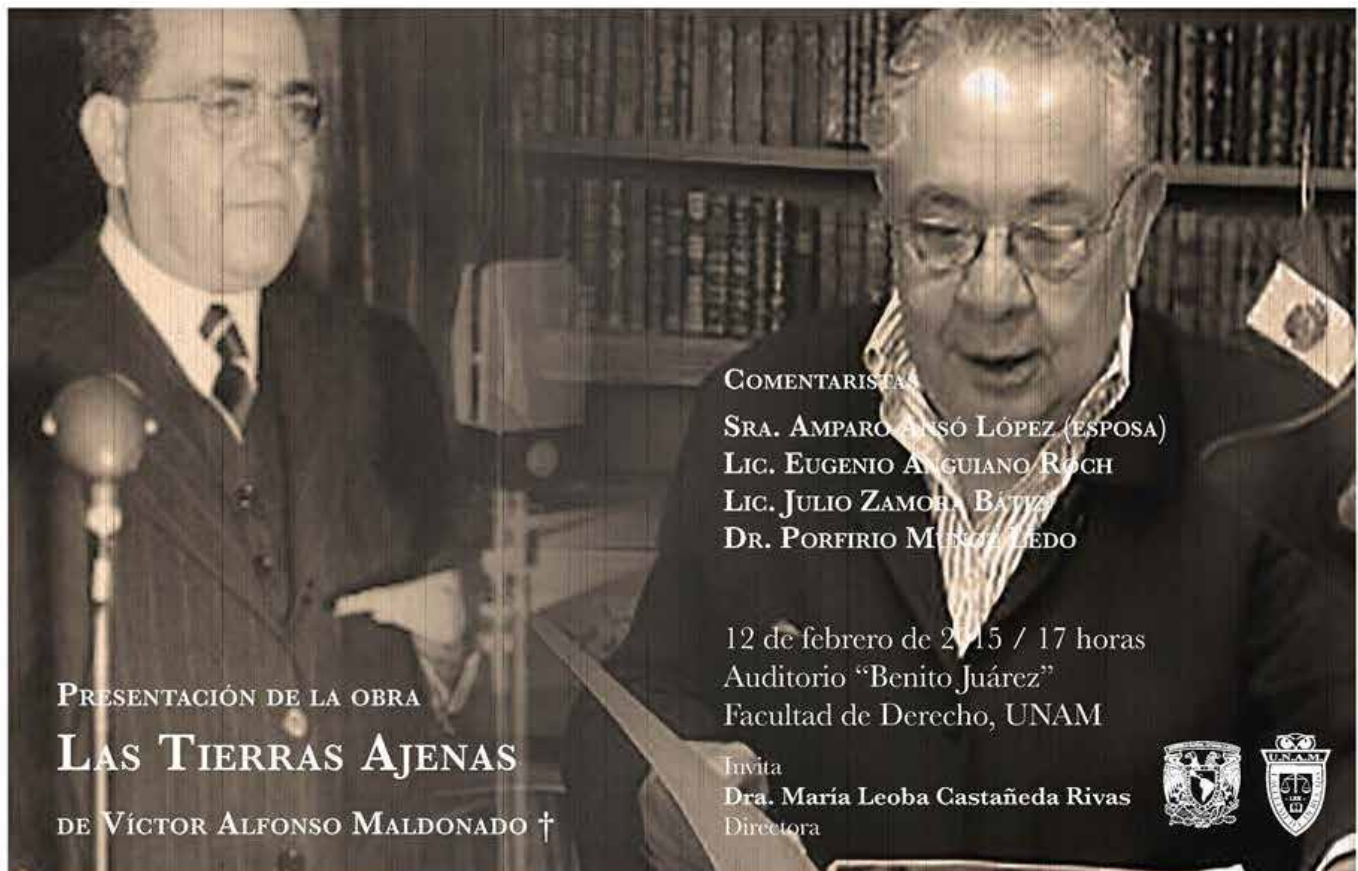
Director: Morten Tyldum.

Protagonistas: Benedict Cumberbatch, Keira Knightley, Mark Strong, Matthew Good, Charles Dance.

Guión: Graham Moore.

Fotografía: Oscar Faura.

Edición: William Goldenberg.



COMENTARISTAS

SRA. AMPARO ENSÓ LÓPEZ (ESPOSA)
 LIC. EUGENIO ANGUIANO ROCH
 LIC. JULIO ZAMORA BATIZ
 DR. PORFIRIO MENDOZA LEDO

12 de febrero de 2015 / 17 horas
 Auditorio “Benito Juárez”
 Facultad de Derecho, UNAM

Invita
 Dra. María Leoba Castañeda Rivas
 Directora

PRESENTACIÓN DE LA OBRA
LAS TIERRAS AJENAS
 DE VÍCTOR ALFONSO MALDONADO †